El Duende Satírico

del dia.

Se publica de su parte

Mariano José de Larra.

Des sottises du temps je compose mon fiel.
Boileau, Satir.

Tercer Cuaderno.

Madrid. = Mayo. = 1828.
Imprenta de Repullés.

© Biblioteca Nacional de España

Neque enim notare singulos mens est mihi,
Verùm ipsam vitam et mores hominum ostendere.
Phedr. fáb. prol. l. III.

© Biblioteca Nacional de España

Corridas de Toros.

Vous connaissez l'horreur des spectacles affreux
Dont les romains faisaient le plus doux de leurs jeux.
Ce peuple qui donnait, par un mepris bizarre,
A tout peuple étranger le titre de barbare,
Ne repaissait ses yeux que des pleurs des mortels
Et de sang arrosait ses théâtres cruels.
Aux tigres, aux lions livrant des miserables
Il se divertissait de leurs cris lamentables;
Il exposait aux ours des esclaves tremblans
Pour en voir disperser tous les membres sanglans,
Le grave sénateur courait à ces supplices,
Et la jeune vestale en faisait ses délices.

Mr. Racine, fils. Epitre á madame la Duchesse de Noailles sur l'âme des betes.

Ejercite sus fuerzas el mancebo
En frentes de escuadrones; no en la frente
Del útil bruto l'hasta del acebo.

. . . . . .

Gineta y cañas son contagio moro;
Restitúyanse justas y torneos,
y hagan paces las capas con el toro.

Quevedo. Epist. satir. y censor.

Estas funciones deben su orígen á los moros, y en particular, segun dice Don Nicolás Fernandez de Moratin, á los de Toledo, Córdoba y Sevilla: estos

© Biblioteca Nacional de España

fueron los primeros que lidiaron toros en público: los principales moros hacian ostentacion de su valor, y se ejercitaban en estas lides, mezclando su ferocidad natural con las ideas caballerescas que comenzaban á inundar la Europa: el anhelo de distinguirse en bizarría delante de sus queridas, y de recibir su corazon en premio de su arrojo, les hizo poner las corridas de toros al nivel de sus juegos de cañas y de sortijas.

Los españoles sucesores de Pelayo, vencedores de una gran parte de los reyezuelos moros que habian poseido media España, ya reconquistada tomaron de sus conquistadores en un principio, compatriotas, amigos ó parientes en seguida, enemigos casi siempre, y aliados muchas veces, estas fiestas, cuya atrocidad era entonces disculpable, pues que entretenia el valor ardiente de los guerreros en las suspensiones de armas para la guerra, la emulacion entre los nobles que se ocupaban en ellas, haciéndolos verdaderamente superiores á

© Biblioteca Nacional de España

la plebe, y acostumbraba al que habia de pelear á mirar con desprecio á un semejante suyo cuando le era preciso combatir con él si acababa de aterrar á una fiera mas temible.

El primer español que alanceó á caballo un toro fue nuestro héroe, nunca vencido, el famoso Rui ó Rodrigo Diaz de Vivar, dicho el Cid, que venció batallas aun despues de su muerte: hasta este solo en las baterías de caza habian peleado los españoles con estos hermosos animales; y cuando el Cid alanceó el primer toro delante de los que le acompañaban, estos quedaron admirados de su fuerza y de su destreza.

Sin duda con este motivo supuso Don Nicolás Fernandez de Moratin las fiestas de toros en Madrid, que entonces era un pequeño lugar con castillo moro, dependiente de los de Toledo. á las que hizo las hermosas quintillas que se hallan en sus obras póstumas, impresas en Barcelona, las cuales pueden dar una idea de las costumbres de aquellos tiempos.

© Biblioteca Nacional de España

Madrid, castillo famoso
Que al Rey moro alivia el miedo,
Arde en fiestas en su coso
Por ser el natal dichoso
De Alimenon de Toledo.

Su bravo Alcaide Aliatar,
De la hermosa Zayda amante,
Las ordena celebrar,
Por si la puede ablandar
El corazon de diamante.

Pasó, vencida á sus ruegos,
Desde Aravaca a Madrid.
Hubo pandorgas y fuegos,
Con otros nocturnos juegos
Que dispuso el adalid.

Y en adargas y colores,
En las cifras y libreas
Mostraron los amadores,
Y en pendones y preseas
La dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas
De toda la cercanía,
Y de lejos muchas de ellas,
Las mas apuestas doncellas
Que España entonces tenia.

Aja de Jetafe vino,
Y Zahara la de Alcorcon,
En cuyo obsequio muy fino
Corrió de un vuelo el camino
El moraycel de Alcabon.

© Biblioteca Nacional de España

Jarifa de Almonacid,
Que de la Alcarria en que habita
Llevó á asombrar á Madrid
Su amante Andalla, adalid
Del castillo de Zorita.

De Adamuz y la famosa
Meco llegaron alli
Dos, cada cual mas hermosa,
Y Fatima la preciosa
Hija de Ali el Alcadi.

El ancho circo se llena
De multitud clamorosa,
Que atiende á ver en su arena
La sangrienta lid dudosa,
Y todo en torno resuena.

La bella Zayda ocupó
Sus dorados miradores
Que el arte afiligranó,
Y con espejos y flores
Y damascos adornó.

Añafiles y atabales
Con militar armonía
Hicieron salva y señales
De mostrar su valentía
Los moros mas principales.

No en las vegas de Jarama
Pacieron la verde grama
Nunca animales tan fieros,
Junto al puente que se llama,
Por sus peces, de Viveros,

© Biblioteca Nacional de España

Como los que el vulgo vió
Ser lidiados aquel dia;
Y en la fiesta que gozó
La popular alegria
Muchas heridas costó.

Salió un toro del toril,
Y á Turfe tiró por tierra,
Y luego á Benalguacil,
Despues con Hamete cierra
El Tenieron de Conil.

Traia un ancho liston
Con uno y otro matiz
Hecho un lazo por ayron,
Sobre la enhiesta cerviz
Clavado con un arpon.

Todo galan pretendia
Ofrecerle vencedor
A la dama que servia:
Por eso perdió Almanzor
El potro que mas queria.

El Alcaide, muy zambrero,
De Guadalajara huyó
Mal herido al golpe fiero,
Y desde un caballo overo
El moro de Horche cayó.

Todos miran á Aliatar,
Que aunque tres toros ha muerto,
No se quiere aventurar,
Porque en lance tan incierto
El caudillo no ha de entrar.

© Biblioteca Nacional de España

Mas viendo se culparia
Va á ponérsele delante,
La fiera le acometia,
Y sin que el rejon la plante
Le mató una yegua pia.

Otra monta acelerado:
Le embiste el toro de un vuelo,
Cogiéndole entablerado,
Rodó el bonete encarnado
Con las plumas por el suelo.

Dió vuelta hiriendo y matando
A los de á pie que encontrara.
El circo desocupando,
Y emplazándose, se para
Con la vista amenazando.

Nadie se atreve á salir;
La plebe grita indignada;
Las damas se quieren ir,
Porque la fiesta empezada
No puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega,
Y está en medio el toro fijo;
Cuando un portero que llega
De la puerta de la Vega:
Hincó la rodilla y dijo.

Sobre un caballo alhazano,
Cubierto de galas y oro,
Demanda licencia urbano
Para alancear á un toro
Un caballero cristiano.

© Biblioteca Nacional de España

Mucho le pesa á Aliatar;
Pero Zayda dió respuesta
Diciendo que puede entrar:
Porque en tan solemne fiesta
Nada se debe negar.

Suspenso el concurso entero
Entre dudas se embaraza,
Cuando en un potro ligero
Vieron entrar en la plaza
Un bizarro caballero.

Sonrosado, albo color,
Belfo labio, juveniles
Alientos, inquieto ardor,
En el florido verdor
De sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja
Por donde el almete sube,
Cual mirarse tal vez deja
Del sol la ardiente madeja
Entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follages,
De una cristiana primores,
Por los visos y celages
En el yelmo los plumages
Vergel de diversas flores.

En la cuja gruesa lanza,
Con recamado pendon,
Y una cifra á verse alcanza
Que es de desesperacion,
O á lo menos de venganza.

© Biblioteca Nacional de España

En el arzon de la silla
Ancho escudo reverbera
Con blasones de Castilla,
Y el mote dice á la orilla:
Nunca mi espada venciera.

Era el caballo galan,
El bruto mas generoso,
De mas gallardo ademan:
Cabos negros y brioso,
Muy tostado y alhazan.

Larga cola recogida
En las piernas descarnadas,
Cabeza pequeña, erguida,
Las narices dilatadas,
Vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeó
Que dà Betis con tal fruto
Pudo fingir el deseo
Mas bella estampa de bruto,
Ni mas hermoso paseó.

Dió la vuelta al rededor:
Los ojos que le veian
Lleva prendados de amor:
Alah te salve, decian,
Dete el Profeta favor.

Causaba lástima y grima
Su tierna edad floreciente;
Todos quieren que se exima
Del riesgo, y él solamente,
Ni recela, ni se estima.

© Biblioteca Nacional de España

Las doncellas al pasar
Hacen de ambar y alcanfor
Pebeteros exhalar,
Vertiendo pomos de olor,
De jazmines y azahar.

Mas cuando en medio se para,
Y de mas cerca le mira
La cristiana esclava Aldara,
Con su señora se encara,
Y asi la dice, y suspira.

Señora, sueños no son:
Asi los cielos, vencidos
De mi ruego y afliccion,
Acerquen á mis oidos
Las campanas de Leon.

Como ese doncel que ufano
Tanto asombro viene á dar
A todo el pueblo africano
Es Rodrigo de Vivar,
El soberbio castellano.

Sin descubrirle quien es,
La Zaida desde una almena
Le habló una noche cortés:
Por donde se abrió despues
El cubo de la Almudena.

Y supo que fugitivo
De la corte de Fernando,
El cristiano apenas vivo,
Está á Jimena adorando,
Y en su memoria cautivo.

© Biblioteca Nacional de España

Tal vez á Madrid se acerca
Con frecuentes correrias,
Y todo en torno la cerca:
Observa sus saetias,
Arroyadas y ancha alberca.

Por eso le ha conocido
Que en medio de aclamaciones
El caballo ha detenido
Delante de sus balcones,
Y la saluda rendido.

La mora se puso en pie
Y sus doncellas detrás:
El Alcaide que lo vé,
Enfurecido además,
Muestra cuán celoso esté.

Suena un rumor placentero
Entre el vulgo de Madrid:
No habrá mejor caballero,
Dicen, en el mundo entero,
Y algunos le llaman Cid (1).

Crece la algazara, y él,
Torciendo las riendas de oro,
Marcha al combate cruel:
Alza el galope, y al toro
Busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado
Desde que le vió llegar,
De tanta gala asombrado,
Y al rededor le ha observado
Sin moverse de un lugar.

(1) *Cid* quiere decir en árabe *Señor*.

© Biblioteca Nacional de España

Cual flecha se disparó
Despedida de la cuerda,
De tal suerte le embistió:
Detrás de la oreja izquierda
La aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada:
Segunda vez acomete
De espuma y sudor bañada,
Y segunda vez la mete
Sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera
Con heróico atrevimiento;
El pueblo mudo y atento;
Se engalla el toro y altera
Y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,
Sobre la espalda la arroja
Con el hueso retorcido:
El suelo huela, y le moja
En ardiente resoplido.

La cola inquieto menea,
La diestra oreja mosquea,
Vase retirando atrás,
Para que la fuerza sea
Mayor y el ímpetu mas.

El que en esta ocasion viera
De Zayda el rostro alterado
Claramente conociera
Cuánto la cuesta cuidado
El que tanto riesgo espera.

© Biblioteca Nacional de España

Mas, ¡ay! que le embiste horrendo
El animal espantoso:
Jamás peñasco tremendo
Del Cáucaso cavernoso
Se desgaja, estrago haciendo,

Ni llama, asi fulminante,
Cruza en negra oscuridad
Con relámpago delante,
Al estrépito tronante
De sonora tempestad,

Como el bruto se abalanza
En terrible ligereza;
Mas rota con gran pujanza
La alta nuca, la fiereza
Y el último aliento lanza.

La confusa vocería
Que en tal instante se oyó
Fué tanta que parecia
Que honda mina rebentó,
O el monte y valle se hundia.

A caballo, como estaba,
Rodrigo el lazo alcanzó
Con que el toro se adornaba:
En su lanza le clavó,
Y á los balcones llegaba.

Y alzándose en los estribos,
Le alarga á Zayda diciendo:
Sultana, aunque bien entiendo
Ser favores excesivos,
Mi corto don admitiendo;

© Biblioteca Nacional de España

Si no os dignáredes ser
Con él benigna, advertid
Que á mi me basta saber
Que no le debo ofrecer
A otra persona en Madrid.

Ella, el rostro placentero,
Dijo, y turbada: Señor,
Yo le admito y le venero,
Por conservar el favor
De tan gentil caballero.

Y besando el rico don,
Para agradar al doncel,
Le prende con aficion
Al lado del corazon
Por brinquiño y por joyel.

Pero Aliatar el caudillo
De envidia ardiendo se vé;
Y trémulo y amarillo,
Sobre un tremecen rosillo
Lozanéandose fue.

Y en ronca voz, Castellano,
Le dice: con mas decoros
Suelo yo dar de mi mano,
Si no penachos de toros,
Las cabezas del cristiano.

Y si vinieras de guerra,
Cual vienes de fiesta y gala,
Vieras que en toda la tierra,
Al valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala.

© Biblioteca Nacional de España

Así, dijo el de Vivar,
Respondo, y la lanza al ristre
Pone y espera á Aliatar;
Mas sin que nadie administre
Orden, tocaron á armar.

Ya fiero bando con gritos
Su muerte ó prision pedia;
Cuando se oyó en los distritos
Del monte de Leganitos
Del Cid la trompeteria.

Entre la Moncloa y Soto
Tercio escogido emboscó,
Que viendo como tardó,
Se acerca, oyó el alboroto
Y al muro se abalanzó.

Y si no vieran salir
Por la puerta á su Señor
Y Zayda á le despedir,
Iban la fuerza á embestir:
Tal era ya su furor.

El Alcaide, recelando
Que en Madrid tenga partido,
Se templó disimulando,
Y por el parque florido
Salió con él razonando.

Y es fama que á la bajada
Juró por la cruz el Cid
De su vencedora espada,
De no quitar la celada
Hasta que gane á Madrid.

© Biblioteca Nacional de España

Hasta entonces las fiestas de los españoles se reducian á las que tomaron de los moros; y en el mismo tiempo del Cid, Alfonso el VI tuvo unas fiestas públicas, reducidas á soltar en una plaza dos cerdos; dos ciegos, ó por mejor decir dos hombres vendados salian armados de palos, y divertian al pueblo con los muchos que se pegaban naturalmente uno á otro; diversion sencilla á la verdad, pero mal sana para los lidiadores, los cuales se quedaban con el animal si acertaban á darle.

A pesar de esto, en el resúmen historial de España del licenciado Francisco de Cepeda, hablando del año de 1100, dice que en él, segun memorias antiguas, se corrieron en fiestas públicas toros, y añade, ya refiriéndose á entonces, espectáculo solo de España; y por nuestras crónicas se ve que en 1124, en que casó Alfonso VII en Saldaña con Doña Berenguela la Chica, hija del conde de Barcelona, entre otras funciones hubo fiestas de toros: y en la ciudad de Leon, cuando el Rey Don

© Biblioteca Nacional de España

Alfonso VIII casó á su hija Doña Urraca con el Rey Don García de Navarra, en cuya ocasion tambien se verificó la de los cerdos.

En el siglo XIII y hácia sus mediados, despues de hechas las paces con los moros, cuando á estos no les habia quedado mas que la Bética, fue cuando nuestra nobleza, que parecia quedar ociosa, se entregó á esta clase de diversiones, haciendo de ellas una funcion nacional, con preferencia á las cañas, sortijas &c. de los moros, y á los torneos y aventuras quijotescas que tomaron de allende los Pirineos: movidos los nobles de la fama de algunos hábiles y valientes moros, quisieron competir con Muza, con Gazul, con Malique-Alabez y otros granadinos que se distinguian en la lid con los toros, á cuyo objeto se proporcionaron los mejores que se hallaron en la sierra de Ronda.

La admiracion pública, la novedad, y sobre todo el espíritu algun tanto feroz de aquellos tiempos de guerra y

© Biblioteca Nacional de España

de incivilizacion contribuyeron no poco á poner en boga esta diversion, y despues dos causas principales las acabaron de establecer: la galantería, que comenzó á mezclarse en todas las acciones de los hombres, y el no haberse desdeñado los Reyes mismos algunas veces de dejar el cetro para empuñar el rejoncillo: la influencia del ejemplo de estos, como ha sucedido siempre, arrastró la opinion general, y no hubo noble que no quisiese imitar al monarca en el disputar los premios que la hermosura adjudicaba por su mano al valor, ó tal vez á las fuerzas de flaqueza que sabia sacar el amor propio, aun del corazon de los mas tímidos, que querian aspirar al de las bellezas de aquellos tiempos.

Como los toros era una fiesta privativa de los nobles, le era prohibido á la plebe el entrometerse en ella hasta el toque de desgarrete, el que sonaba despues que los caballeros habian alanceado completamente al toro; entonces la multitud se arrojaba á la plaza, no de otro modo que en nuestras insopor-

© Biblioteca Nacional de España

tables y brutales novilladas, armada de palos, chuzos y venablos, y corria atropelladamente á matar al toro como podia; pero este, que no siempre era del parecer de la plebe, sino que solia dar en llevar la contraria, era causa de que en estas ocasiones ocurrian no pocas desgracias; y entonces el infeliz inesperto é imprudente que tenia la desgracia de ver la funcion desde las astas del animal no debia esperar auxilio alguno de parte de la nobleza, que tenia por vil y degradante salvar la vida de un plebeyo: esta nobleza, bien distinta de la que aplaudia á Terencio cuando resonaba el teatro romano con aquel dicho del poeta: "*homo sum; nihil humani à me alienum puto*," no podia dejar la silla, á no ser que perdiese el rejon, la lanza, el guante ó el sombrero, en cuyo caso no podia volver á montar sin haber dado antes muerte á la fiera y recobrado la prenda perdida. Cada noble solia llevar en derredor de su caballo dos ó tres chulos de á pie para distraen al toro en un riesgo, como en

© Biblioteca Nacional de España

el dia nuestros capeadores.

El desórden que reinaba en este modo de matar al toro fue causa de que en Roma, adonde habian adoptado los toros, pero no la destreza de España, sucediesen muchas desgracias, contándose en particular haber perecido en el año 1332 al furor de los toros diez y nueve caballeros romanos y muchos plebeyos, con no pocos estropeados; lo que fue motivo de que se prohibiesen en Italia este año en el pontificado de Juan XXII, al mismo tiempo que conservándose solo en España caminaban rápidamente á su perfeccion hasta el reinado de Don Juan el II de Castilla, en que hubo muchas y grandes fiestas de toros en Medina del Campo en el año de 1418 con motivo de su casamiento con Doña María de Aragon, celebrado en 20 de octubre.

Poco despues ya se trató de construir algunas plazas al propósito, y se mataban los toros con la media luna ó á garrochazos, dando esta comision á los esclavos moros, y mas adelante á

© Biblioteca Nacional de España

los negros y mulatos.

Florian hace alusion á las fiestas de toros en su Gonzalo de Córdoba, y supone como un episodio de su romance que la Reina Católica da una funcion al ejército acampado delante de Granada, lo que prueba lo generalizadas que estaban ya entonces estas fiestas; pero la verdad histórica es que esta misma Reina trató de esterminarlas, y juzgó imposible el conseguirlo, como lo aseguró á su confesor en una carta que le escribió desde Aragon, y que se halla inserta en el libro que Gonzalo de Oviedo escribió de los oficios de la casa de Castilla.

En Madrid, á pesar de no ser todavia la corte de los Reyes, ya se trató de construir una plaza, y se cree que la primera estuvo situada en frente de la casa de Medinaceli; despues se trasladó á la plazuela de Anton Martin; otra hubo en el Soto-Luzon, y últimamente, la que existe en el dia fuera de la puerta de Alcalá, revocada en almazarron, cuya magnífica construccion ha-

© Biblioteca Nacional de España

ce honor á la España y á la arquitectura, y parece querer rivalizar con los circos romanos: una trabazon sin fin de tablas sin cepillar, de una solidez nada propia para desafiar á los siglos, hace temer que este inculto maderámen retrograde á hacer parte de la tierra de que se separó, volviendo á tomar raices los leños y troncos casi enteros que le componen, y que existen encubiertos con un disimulo nada comun, ó por lo menos que los aficionados se vuelvan un lunes á su casa con el anfiteatro en las espaldas: verdadera imágen de la fragilidad de las obras humanas.

Pero siguiendo la historia de los toros, es sabido que el Señor Cárlos I (1) les tuvo la mayor aficion, y dicen sus contemporáneos que picaba y rejoneaba los toros con gran destreza; y en celebridad del nacimiento de su hijo el Rey Don Felipe II mató un toro de una lanzada en la plaza de Valladolid.

(1) Que nos hemos empeñado en llamar V los españoles á imitacion de los alemanes.

© Biblioteca Nacional de España

No menos habilidad tenian, segun Don Gregorio de Tapia y Salcedo (1), el Rey Don Sebastian de Portugal, Pizarro el conquistador del Perú, Don Diego Ramirez de Haro &c.; y en lo sucesivo se distinguieron en diversas épocas en esta habilidad y tuvieron gran fama Cea, Velada, el duque de Maqueda (2), Cantillana, Oceta, Zárate, Sástago, Riaño, el conde de Villamediana, Don Gregorio Gallo, caballero del órden de Santiago, quien inventó la espinillera para defensa de la pierna, llamada por él *gregoriana*, y en el dia *mona* por nuestros picadores: picaron tambien con primor de vara corta Pueyo, Suazo, el marqués de Mondejar, y otros muchos que hasta el reinado de Felipe V sobresalie-

(1) En un libro que dió á luz titulado *ejercicios de la gineta*.

(2) Al Duque de Maqueda escribió Quevedo un soneto por su destreza en mantenerse firme en la silla al picar al toro, y otro á la fiesta de toros y cañas del Buen-Retiro: se hallan en la *Clio*, y no se insertan por no alargarme demasiado, y por participar del mal gusto del siglo de Quevedo.

© Biblioteca Nacional de España

ron, y que se hallan citados en los diversos autores que han escrito de arte de torear (1).

El hijo y sucesor de Cárlos I, Felipe II, que no pudo heredar de su padre el valor, tampoco heredó el gusto á las fiestas de toros: él fue el primero que las prohibió por una Real cédula: reinando este Soberano en el año 1565 se juntó por su influjo un concilio en Toledo para el remedio de los abusos del reino, al cual asistieron los obispos de Sigüenza, Segovia, Palencia, Cuenca, Osma, el abad de Alcalá, y otros distinguidos varones: le presidió el Ilmo. Señor Don Cristóbal Rojas de Sando-

(1) Don Gaspar Bonifaz, caballero del hábito de Santiago, imprimió en Madrid unas *reglas de torear*; Don Luis de Trejo unas *obligaciones y duelo* de este ejercicio; Don Juan de Valencia unas *advertencias para torear*; Don Diego de Torres, y en nuestros dias el desgraciado José Delgado, vulgo Pepeillo, á quien de nada sirvieron sus reglas, pues no pudo dar con el arte de no dejarse matar: ¿hubiera podido hacer mas el toro si hubiera tenido entendimiento y leido su Tauromaquia?

© Biblioteca Nacional de España

val, obispo de Córdoba, el mas antiguo de los seis que concurrieron. En este concilio se declaró que las funciones de toros son muy desagradables á Dios, y que si algun cristiano hiciese voto de correr ó lidiar toros no estaba obligado á cumplirlo. Prohibe bajo pena de escomunion hacer tales votos, y manda que no se tengan estos espectáculos en dias de fiesta: lo mismo previenen las leyes tan celebradas de los Teodosios, de Leon y Antenio sobre el particular, y esta es la razon por qué se hacen en dias de trabajo, para lo que se han destinado en Madrid los lunes: dice ademas espresamente que si algun eclesiástico, contra el decoro de su estado, concurriese á los toros sea castigado como corresponde por el ordinario.

Este mismo cánon se renovó con las mismas penas en el año 1682 en el sínodo de Toledo que celebró su Ilmo. arzobispo el Excmo. Señor Don Manuel Portocarrero, cardenal de la Santa Iglesia, con el título de Santa Sabina.

El papa San Pio V, en su bula de

© Biblioteca Nacional de España

salute grégis, espedida en 1.º de noviembre de 1567, prohibió y vedó, bajo las penas de escomunion y anatema *ipso facto incurrendas*, á todo príncipe el permitirlas, asi como á los eclesiásticos el asistir, privando de sepultura sagrada á los toreros que muriesen en ellas.

Pero despues en el reinado del mismo Felipe II, hácia los años de 1580, y en el de Felipe III hácia los de 1600, lograron persuadir á los papas Gregorio XIII y Clemente VIII que los españoles que toreaban eran muy diestros, y que el gran peligro estaba de parte de los toros, y levantaron aquella escomunion, quedando solo en actividad para los eclesiásticos regulares y los seculares de derecho comun canónico, incurriendo en pena de irregularidad con su asistencia.

Hay infinitos decretos sinodales y muchos cánones que prohiben estas fiestas, y en uno de estos se da al arte de torear el nombre de malvadísima, y se compara este modo de vivir con el de las rameras.

© Biblioteca Nacional de España

Felipe III gustó tambien de toros, pues que se sabe que renovó y perfeccionó la plaza de Madrid en el año 1619.

De su sucesor Felipe IV se dice que ademas de alancear y matar los toros quitó la vida á mas de cuatrocientos javalíes con estoque, lanzon y borquilla.

En tiempo de Cárlos II se sostuvo este entusiasmo entre la nobleza; pero á fines de su reinado, y mucho mas cuando despues de su muerte, ocurrida en 1700, vino á reinar Felipe V, habiendo empezado las guerras de sucesion, tanto las divisiones y ocupaciones mas serias que sobrevinieron, como el poco gusto que aquel monarca manifestó hácia los toros, pues fue el segundo que los prohibió por Real cédula, distrajeron completamente á la nobleza, cesando su aficion por el mismo resorte que la habia fomentado; pudiéndose aplicar á esta influencia de los gustos de los Reyes sobre sus pueblos en España, casi como en todas partes, aquel dicho de Federico el grande; *quand Auguste avait bu, la Pologne étoit ivre.*

© Biblioteca Nacional de España

Los hombres pasan estrañamente de unos estremos de locura á otros: no habia mucho que la nobleza, celosa del alto honor de morir en las astas de un animal, no permitia que plebeyo alguno le disputase la menor parte, é inmediatamente se desdeña de lidiar con las fieras hasta el punto de declarar infame al que va á sucederle en tan arriesgada diversion: efectivamente desde entonces unos cuantos hombres infamados pueden enriquecerse con el precio de su vida, tan vilmente alquilada á la pública diversion, á no tener las costumbres de su calidad.

Los sucesores de Felipe V, Fernando VI y Cárlos III á imitacion de aquel y del segundo del mismo nombre prohibieron los toros, á menos que no se invirtiese su producto en obras pías: bajo este concepto el Señor Rey Don Cárlos IV y nuestro actual Soberano (que Dios guarde) han concedido en dos temporadas del año cierto número de corridas, con el piadoso objeto de socorrer á aquellos vasallos desvalidos que la des-

© Biblioteca Nacional de España

gracia ha reducido á un hospital (1).

Pero si bien los toros han perdido su primitiva nobleza, si bien antes eran una prueba del valor español, y ahora solo lo son de la barbarie y ferocidad, tambien han enriquecido considerablemente estas fiestas una porcion de medios que se han añadido para hacer sufrir mas al animal y á los espectadores racionales: el uso de perros que no tienen mas crímen para morir que el ser mas débiles que el toro y que su bárbaro dueño; el de los caballos que no tienen mas culpa que el ser fieles hasta espirar guardando al ginete, aunque lleven las entrañas entre las herraduras; el uso de banderillas sencillas y de fuego, y aun la saludable costumbre de arrojar el bien intencionado pueblo á la arena los desechos de sus meriendas, acaban de hacer de los toros la diversion mas inocente y mas

(1) Por no hacer demasiado largo este Cuaderno no se inserta una carta que al Padre Cádiz escribió en 1793 un regidor de Loja, y su contestacion desde Málaga sobre los toros.

© Biblioteca Nacional de España

amena que puede haber tenido jamás pueblo alguno civilizado.

Asi es que amanece el lunes, y parece que los habitantes de Madrid no han vivido los siete dias de la semana, sino para el dia en que deben precipitarse tumultuosamente en coches, caballos, calesas y calesines fuera de las puertas, y en que creen que todo el tiempo es corto para llegar al circo adonde van á ver á un animal tan bueno como ostigado, que lidia con dos docenas de fieras disfrazadas de hombres, unas á pie y otras á caballo, que se van á disputar el honor de ver volar sus tripas por el viento á la faz de un pueblo que tambien sabe apreciar este heroismo mercenario. Alli parece que todos acuden orgullosos de manifestar que no tienen entrañas, y que su recreo es pasear sus ojos en sangre, y rien y aplauden al ver los destrozos de la corrida.

Hasta la sencilla vírgen, que se asusta si ve la sangre que hizo brotar ayer la aguja de su dedo delicado, que se desmaya si oye las estrepitosas voces de

© Biblioteca Nacional de España

una pendencia, que empalidece al ver correr á un insignificante raton tan tímido como ella, ó al mirar una inocente araña que en su tela laboriosa de nada se acuerda menos que de hacerla daño; la tierna casada, que en todo ve sensibilidad, se esmeran en buscar los medios de asistir al circo, donde no solo no se alteran ni de oir aquel lenguage tan ofensivo que debieran ignorar eternamente, y que escuchan con tan poco rubor como los hombres que le emplean, ni se desmayan al ver vaciarse las tripas de un cuadrúpedo noble que se las pisa y desgarra, sino que salen disgustadas si diez ó doce caballos no han hecho patentes á sus ojos la maravillosa estructura interior del animal, y si algun temerario no ha vengado con su sangre derramada por la arena la razon y la humanidad ofendidas.

El artesano irremisiblemente asiste y se divierte, tal vez á buena cuenta de lo que piensa trabajar en la semana, pues el resto de la anterior pagó su tributo acostumbrado la noche del domingo en

© Biblioteca Nacional de España

el *despacho de vino* (1), de que es parroquiano, y donde acabó de perder la poca cabeza que le quedó por la tarde de la cuajada y baile con que celebró el paso por el Avapies de su pacientísimo Criador, segun costumbre religiosa; estos parcos españoles se contentan con ser dichosos el domingo y el lunes, y reservan para los demas dias en que ya no hay harina en casa el trabajar la obra y las bien andadas costillas de la muger, como si quisiera indemnizarse en su pellejo del dinero mal gastado: bien que hay alguna que no sabria vivir sin este desahogo, porque cree que estas son las pruebas de cariño mas marcadas que puede dar un marido español y cariñoso: todo es á lo que el cuerpo se acostumbra. Una clase de entes no va á estas funciones: esa bandada de sentimentales que han pasado el Vidasoa, que en sus aguas, como pudieran en las del Letéo, se despojaron de todo lo es-

(1) Nombre nuevo con que algunos cosecheros han ennoblecido sus tabernas.

© Biblioteca Nacional de España

pañol que llevaban, y volvieron á los dos meses haciendo ascos de su antiguo puchero, buscando la calle en que vivieron, y no sabiendo cómo llamar á su padre, estos estan fuera de combate, y tienen sobrada dicha con que no los obligen á gastar paño de Tarrasa en sus vestidos, con que los dejen desafiarse todos los dias á primera sangre, tropezar, pisar, enderezar el lente, pegar con el látigo, insultar y hacer reir á todo el mundo en el prado, en el teatro, en las concurrencias, disputar mucho sobre las óperas, sin entender una nota de música, y hablar una gerigonza de francés, italiano, inglés y español &c.: para estos son insípidos los toros, y repiten con énfasis: *funcion bárbara.*

En estas fiestas, donde se ejercita la ternura, ¿qué fruto no puede sacar el filólogo? Qué estrañeza de voces, que no estan escritas en ninguna parte, y que forman un nuevo idioma, no conocido sino del que frecuentó las Maravillas, las Vistillas, el Avapies y el Barquillo; un idioma cuya riqueza y cati-

© Biblioteca Nacional de España

dal no se estiende mas allá de una docena de palabras espresivas y enérgicas, y que bien fraseadas hacen depender su inteligencia de sola su diversa modulacion. ¡O pueblo lacónico, y de una penetracion singular! una sola palabra te significa admiracion, enojo, rabia, celos, engaño, placer, novedad, venganza &c.; ella es el requiebro que dices á tus amadas, y el insulto que profieres contra tus enemigos &c. Y entre tanto existe en el globo una nacion en que emplea el hombre toda su vida en acumular voces para poderse hacer entender de sus semejantes, y tal vez muere anciano sin conseguir saber su lengua. Venga á los toros el chino, y aprenderá á decir mucho en pocas palabras de la perspicacia de los españoles; venga todo el mundo á unas fiestas en que, como dice Jovellanos, el *crudo majo hace alarde de la insolencia; donde el sucio chispero profiere palabras mas indecentes que él mismo; donde la desgarrada manola hace gala de la impudencia; donde la continua griteria aturde la cabe-*

© Biblioteca Nacional de España

za mas bien organizada; donde la apretura, los empujones, el calor, el polvo y el asiento incomodan hasta sofocar, y donde se esparcen por el infestado viento los suaves aromas del tabaco, el vino y los orines.

Concluiré este artículo con las dos composiciones poéticas siguientes, que por hacer relacion á los toros no disgustarán tal vez á los apasionados.

A PEDRO ROMERO,

torero insigne.

Cítara aurea de Apolo, á quien los dioses
Hicieron compañera
De los régios banquetes, y ¡oh sagrada
Musa, que el bosque de Helicon venera,
No es tiempo que reposes!
Alza el divino canto y la acordada
Voz hasta el Cielo osada,
Con eco que supere resonante
Al estruendo confuso y vocería,
Popular alegría
Y aplauso cortesano triunfante,
Que se escucha distante
En el sangriento coso matritense,
En cuya arena intrépido se planta

© Biblioteca Nacional de España

El vencedor circense,
Lleno de glorias, que la fama canta,
Otras quiere adquirir; y asi de espanto
Y de placer se llena
La villa que domina entrambos mundos:
Corre el vulgo anhelante, rumor suena,
Y se corona en tanto
De bizarros galanes sin segundos
Y atletas furibundos
El ancho anfiteatro: alli se asoma
Todo el reino de amor, y la hermosura,
Que á Venus desfigura,
Y no hai humano pecho que no dome,
(Baldon de Grecia y Roma)
Y en opulencia y aparato hesperio
Muestra Madrid cuánto tesoro encierra
Corte de tanto imperio,
Del mayor Soberano de la tierra.
Pasea la gran plaza el animoso
Mancebo, que la vista
Lleva de todos, su altivez mostrando,
Ni hai corazon que esquivo le resista.
Sereno el rostro hermoso,
Desprecia el riesgo que le está esperando:
Le va apenas ornando
El bozo el labio superior, y el brio
Muestra y valor en años juveniles
Del iracundo Aquiles.
Va ufano al espantoso desafio:
¡Con cuánto señorio!
¡Qué ademan varonil! ¡qué gentileza!
Pides la venia, hispano atleta, y sales
En medio con bravezza

© Biblioteca Nacional de España

Que llaman ya las trompas y timbales.
No se miró Jason tan fieramente
En Colcos embestido
Por los toros de Marte ardiendo en llamas,
Como precipitado y encendido
Sale el bruto valiente,
Que en las márgenes corvas de Jarama
Rumió la seca grama.
Tú le esperas, á un númen semejante,
Solo con débil, aparente escudo,
Que dar mas temor pudo:
El pie siniestro y mano está delante:
Ofrécesle arrogante
Tu corazon que hiera; el diestro brazo
Tirado atrás con alta gallardia:
Deslumbra hasta el recazo
La espada que Mavorte envidiaria.
Horror pálido cubre los semblantes,
En trasudor bañados,
Del atónito vulgo silencioso:
Das á las tiernas damas mil cuidados,
Y envidia á sus amantes:
Todo el concurso atiende pavoroso
El fin de este dudoso
Trance: la fiera, que llamó el silvido,
A ti corre veloz, ardiendo en ira,
Y amenazando mira
El rojo velo al viento suspendido.
Da tremendo bramido,
Como el toro de Fálaris ardiente,
Hácese atrás, resopla, cabecéa,
Eriza la ancha frente,
La tierra escarba y larga cola ondea.

© Biblioteca Nacional de España

Tu anciano padre, el gladiator Ibero,
Que á Grecia España opone,
Con el silvestre olivo coronado;
Por quien la áspera Ronda ya se pone
Sobre Elis, y el ligero
Asopo el raudo curso ha refrenado,
Cediendo al despeñado
Guadalentin: tu padre, que el famoso
Nombre y valor en ti ve renovarse,
No puede serenarse;
Hasta que mira al golpe poderoso
El bruto impetuoso
Muerto á tus pies, sin movimiento y frío
Con temeraria y asombrosa hazaña,
Que por nativo brio
Solamente no es bárbara en España.
¿Quién dirá el grito y el aplauso inmenso
Que tu accion vocífera?
Si el precio de tus méritos pregona
La envidia con aderno á la estrangera,
Que dice: "en el estenso
Mundo, ¿cuál rei, que ciña la corona
Entre hijos de Belona,
Podrá mandar á sus vasallos fieros,
Como el dueño feliz de las Españas,
Hacer tales hazañas?
¿Cuál vencerán á indómitos guerreros
En lances verdaderos,
Si estos sus juegos son y su alegria?
¡Oh, no conozca España que varones
Tan invencibles cria!
Rogádselo á los cielos, ¡ó naciones!"
Y tú, por quien Vandalia nombre toma,

© Biblioteca Nacional de España

Cual la aquiva Corinto,
Ni tal vió el circo máximo de Roma,
Si algo ofrece á mi verso el dios de Cinto,
Tu gloria llevaré del occidente
A la aurora, pulsando el plectro de oro.
La patria eternamente
Te dará aplauso y de Aganipe el coro.

Don Nicolás Fernandez de Moratin.

© Biblioteca Nacional de España

EL TOREADOR NUEVO.

Cuento de Don Pedro Calderon de la Barca.

Un toricántano un dia
Entró á dar una lanzada,
De un su amigo apadrinado.
Airoso terció la capa,
Galan requirió el sombrero,
Y osado tomó la lanza
Veinte pasos del toril.
Salió un toro, y cara á cara
Hácia el caballo se vino,
Aunque pareció anca á anca;
Porque el caballo y el toro,
Murmurando á las espaldas,
Se echaron dos melecinas
Con el cuerpo y con el asta.
Cayó el caballero encima
Del toro: sacó la espada
El tal padrino, y por dar
Al toro una cuchillada
Al ahijado se la dió:
Y siendo de buena marca,
Levantóse el caballero
Preguntando en voces altas.
¿Saben ustedes á quién
Este hidalgo apadrinaba,
A mí, ó al toro? *y ninguno*
Le supo decir palabra.

© Biblioteca Nacional de España

Correspondencia del Duende.

Guerra declaro á todo monigote,
y pues sobran justísimos pretestos,
palo habrá de los pies hasta el cogote.
Jorge Pitillas, Sát.

Al señor *Papel-útil*, alias *Guindilla*, del gremio de Zurradores de esta Corte,

El inutilísimo Duende.

Señor *Papel-útil*: he leido, y lo que es peor, comprado el elegante zurrador de Vd, y nadie puede figurarse el mal rato que me ha dado el haber podido disgustar á su papel-utilidad zurrona en mi primer cuaderno; casi desanimado iba á callar, cuando varios amigos me han inducido á responderle siquiera por política, y en consecuencia he creido que podria darle mi voto sobre sus zurras con la misma franqueza

© Biblioteca Nacional de España

que pasa á darme el suyo, sin habérsele pedido, sobre mis críticas.

De esta hecha bien puede Vd. vanagloriarse de haber acabado con los malos escritores: los ha metido debajo de un zapato; y el público de aqui en adelante se mirará muy bien en su bolsillo antes de proceder á comprar nada sin consultarle; no es decir esto que deba empezar por Vd.: nada de eso, antes muy al contrario; Vd. solo será el comprado y el vendido, y mucho mas si haciéndose cargo siempre de lo mal parado que anda el dinero, y de que nuestro fin es sacársele al público, le da gratis todos sus petardos y amonestaciones caritativas, asi como la primera. A propósito de esto, un quidam mal hablado me vino á decir que le parecia que lo que Vd. queria no era que el público no gastase su dinero, sino que no lo gastase con otro que no fuese Vd.; pero yo rechacé esta calumnia, y no tuvo qué responderme cuando le convencí diciendo que era prueba de lo contrario el haber puesto doce hojas á dos reales cuando el Duende pone veinte á tres; y ademas le esplíqué que en un principio pensó ponerlo á real; luego enmendó de mano poniéndolo á dos reales, para manifestar aun mas desinterés; y que despues de haber despachado

© Biblioteca Nacional de España

unos cuantos á este precio pensó rebajárlo otra vez, diciendo que habia sido una equivocacion (mejor diremos una contraequivocacion); en lo cual ha pensado Vd. bien, pues el que tuviera prisa para leerlo debia pagar el privilegio de leerlo pronto: ¿y qué no es nada para el público la ventaja de gastar su dinero para leerle á Vd. en jueves santo? Debe pagarla; es mui bien hecho: además le añadí que yo estaba bien seguro de que al momento que se indemnizase del gasto de impresion, si llega nunca este caso, ó daria de valde los demas ejemplares, ó devolveria el dinero sobrante, porque tampoco hay una razon para que zurre y dé palos á nadie de valde, poniendo de su bolsillo su hiel y su guindilla: ya ve Vd. que yo me comprometo á salir fiador para con el público de su desinterés, y espero que no será cosa de dejarme mal, puesto que le parece tan ridículo que todos los escritores no escriban gratis.

Pero, amigo, con qué modestia se esplica su *papel-utilidad*. ¿Dónde ha aprendido ese modo tan particular de camelar á las gentes? ¡Qué de rodeos gasta, qué de piropos, y qué disimulo para llamar borricos de buenas á primeras á toda clase de escritores, buenos y malos! ¿Dónde ha ido á buscar aquellas perífrasis para decir que

© Biblioteca Nacional de España

se les vá á formar el pienso? Vamos, yo estoi atónito de ver su finura, su delicadeza, y hasta el respeto con que trata á las gentes; confieso que no podia Vd. haber hallado un modo mas terminante de bautizarlos de bestias; solo si opino que debiera haberlo dejado para lo último, porque puesto tan al principio no parece que queda mas que hablar, ni conduce á nada el pasar adelante, pues es la recopilacion mas enérgica de cuanto queda que decir.

Me han gustado mucho las reformas que ha hecho en la ortografía, y debe proponerlas á la Academia: es verdad que no faltará quien critique; pero ese es el grande escollo que tienen que arrostrar los que quieren hacer innovaciones buenas; hay quien dice que qué habrá pasado entre los verbos *haber* y *echar*; quieren decir que Vd. le ha quitado la *h* al primero para adjudicársela al segundo, porque pone dos veces *étele*, y otra *hechándola*; y que no es justo que una *h* que ha tenido legítimamente el verbo *haber* desde su fundacion, se le quite ahora en el año 28 sin alegar una razon fundada: lo mismo dicen de quitarle la *a* al *ainda mais* (esto es portugués); que es un usurpador, y que se queda con el tanto por ciento de las palabras;

© Biblioteca Nacional de España

que se le pega algo de cuanto pasa por sus manos; y que tampoco hai razon para mudar en *l* la *n* de Vandoma, diciendo Valdoma, como la gente ordinaria; y á esto añaden ¡ qué disparate! que se debe Vd. haber criado entre zurradores ó en las Maravillas, y que no sabrá quién es ese Señor: por Dios, señor Papel-útil, no se sofoque Vd.; no haga caso de las malas lenguas, porque entonces sería nunca acabar; eso se desprecia, y se les envia á comer pienso llamándolos borricos, que eso poco cuesta, ni hai que revolver muchos libros para decirlo.

Añaden que no sabe el francés, porque en lugar de poner *point davantage*, que quiere decir *nada mas*, lo que tambien podia haber dicho en español, y se ahorraba ahora estas reconvenciones, ha puesto *point d'avantage*, que quiere decir *ninguna ventaja*; que es Vd. un pedante, y que por querer dar á entender que sabe francés sin venir á pelo con una cosa que por estar en francés no tiene mas gracia, si no lo es el que no se entienda, lo ha echado á perder mas manifestando su ignorancia, y le aplican aquellos versos que dijeron segun el P. Isla á una niña llamada Rosa, la que habiendo sido sorprendida en el acto de evacuar una de aquellas diligen-

© Biblioteca Nacional de España

cias que la decencia no permite nombrar, por ocultar sus secretas gracias se manchó.

"¿Para qué es encubrir la cosicosa,
» Si asi te ensucias mas, querida Rosa?"

Pero, amigo, á lo que no pueden decir nada es á la escelente y oportuna traduccion de la voz *petit-maître*, que quiere decir *señorito*, y que Vd. traduce tan superabundantemente *señorito presumido*, poniendo de suyo la presuncion, y fundadamente, pues que dos palabras francesas requieren indispensablemente otras dos españolas, sean cuales fueren. Lo que sí tachan es escribir *Palais Royale* con el aditamento de esta *e* última, porque *Palais*, que quiere decir en castellano *Palacio*, no es hembra, ni femenino, ni cosa que se lo parezca, que es masculino y muy masculino en entrambos idiomas. ¡Admírese Vd.! Murmuran si le ha tocado á Vd. Dios en el corazon, y trata de restituir las letras robadas mas arriba; pero aun en este càso debia haberlas vuelto á dejar alli de donde las quitó.

Hay gente viperina y mal entretenida que movida de la envidia dice que ya que no sabe Vd. el francés, en indemnisacion tampoco sabe el castellano; ¿y por qué? Todo (para que Vd. lo sepa) porque dice *setina de disparates, decir mamarrachos*,

© Biblioteca Nacional de España

(que solo se pintan) &c. Vea Vd. qué reproches, como si para escribir al público fuese tan indispensable saber la lengua en que se le escribe: á pesar de eso, como no he sabido modo de defenderle de esto último, bueno será me envie el diccionario que gasta para sus petardos, que quiero dar á todo el mundo en ojos con él, pues por mi parte «*non ego paucis ofendar* « *maculis* »

Otra burrada digna del pienso de Vd.: opinan muchos que se ha dejado un petardo literario en su picantísimo tintero, como es el que nos ha dado á todos con su folleto, que sin duda ha sido por modestia y por no hablar de sí mismo, y que debia estar despues del sesto y antes del del cochino, como Vd. dice *sin perdon*; y efectivamente no le perdonan todos el haber introducido esta anécdota del matadero del rastro, por sustancial que sea, porque si es de invencion suya es fea é inoportuna, y si cierta no se puede negar que es indecente, señor Papel-útil y Zurrador, con perdon del lector, el ofrecer al público personalidades. ¡Ba! ¡ba! ¡ba! á donde va á parar lo que dicen estos menguados.

No responda Vd. á eso, que al buen callar llaman Sancho: eso se desprecia, y se le echa pienso.

© Biblioteca Nacional de España

Un amigo mio añade á todo esto que es estraño que me haya mordido tambien á mí, pues que en resumidas cuentas viene Vd. á apoyar mis críticas, y asegura que no comprende cómo puedo yo ser inútil y Vd. tan útil cuando repite lo que yo digo, valiéndose casi *en una que otra ocasion* de mis mismas palabras: además que camina de mala fé, suponiendo que yo digo como cosa buena y mia lo propio que critico, pues en mi primer cuaderno yo ridiculizaba los títulos que me apropia, por lo que debe acudir á él y leerle mas despacio, y verá que digo, hablando de ellos "si bien son malos &c." no sea que alguno diga que es estraño haya pasado á escribir sin saber leer, lo que resultará en mengua del maestro que le enseñó.

Por supuesto yo no creo nada de esto que dicen, antes me rio, y creo que al fin la nacion que le ha visto nacer vendrá á hacer justicia á los petardos que le da, cuando los tiros de la envidia hayan agotado su rencor: no se puede hacer bien á nadie; despues de haber hecho al público el favor de que no gaste su dinero, vea Vd. qué agradecimiento, y cómo lo paga; deje Vd. esas ideas filantrópicas, y á cada uno que haga de su capa un sayo, que al fin ellos ganan su dinero, es muy suyo,

© Biblioteca Nacional de España

y Vd. no se le da. ¡ Pícara ingratitud !

Por ella susurran tambien de aquella consecuencia que saca cuando dice que no soi erudito, porque no me gusta ir á perder el tiempo al billar; yo no hallo el por qué se susurre de esto, pues que yo tambien me inclino á creer como Vd. que todos los hombres de genio han jugado mucho y mui bien á ese juego, y que se debe inferir que nadie puede ser erudito si no sabe dar empellones á una bola; y asimismo conciho que la mayor prueba de que no soi pagano es el no jugar al mismo juego por razones mui parecidas.

¡ Que nunca hayamos de concluir ! A todo esto me han añadido que no debe Vd. ser mui erudito cuando llama al diario Enciclopedia, ignorando que es voz griega *En*, en, *Kuclos*, circulo, *paideia*, ciencia), y que los sabios han convenido en llamar asi á la reunion de las ciencias y artes, y no á los avisos de nadie: esto es griego; y cuando dice *el alcoran* al modo del vulgo, en vez de decir *el coran*, con lo cual basta, pues *al curan* quiere decir el libro en árabe, lo mismo que *to biblion* en griego, y *al* y *to* son los articulos; y en ninguna lengua hacen falta á los nombres dos articulos: con este motivo dicen que no sabe Vd. griego, ni árabe ni nada: bachillerias;

© Biblioteca Nacional de España

¿pero á Vd. qué le importa? Maldita de Dios la cosa: no es preciso saber lenguas ni para zurrador, ni para echar pienso, y para escribir obras tampoco, porque deja Fray Gerundio los estudios, y se mete á predicador. Vamos, yo no sé cómo puede Vd. sufrir tanto insulto. Qué paciencia debe tener: toda la que se necesita para ser escritor: es preciso confesar que es un santo varon.

Yo no le escribo á Vd. todo esto porque piense que no lo sabe; estoi persuadido que lo sabe mejor que yo, y creo que si lo ha puesto asi ha sido ó por disimular su erudicion dando una prueba de su modestia, ó por yerros de imprenta: solo sí lo escribo para que llame Vd. borricos á *grito pelado* á todos estos charlatanes.

Ha de saber Vd. ademas, amigo Papelútil, que hay otra impugnacion aun mas rara: leíale yo á una señora amiga mia, con el placer y entusiasmo que Vd. se puede figurar, su papel, realzando sus bellezas, y admirando su delicada y bien cortada pluma (á propósito quisiera saber si la corta Vd. mismo, ó si la da á cortar, porque no sería estraño que un zurrador no se hubiese dedicado nunca á esas bagatelas); pero á pesar de todo no pude evitar que aquella persona, que piensa malamente que los

© Biblioteca Nacional de España

zurradores y guindillas se parecen en algo á las personas, y que cree que cada uno es uno solo, y está acostumbrada á tratar á cada persona en singular, aunque no sabe gramática, me dijese á pocos renglones: « pare Vd. de leer, amigo, que si no me » equivoco Vd. leyó al principio que lo es- » cribia un zurrador, y de una página á » otra se nos ha convertido en dos, porque » habla de *nos*, dice *estamos*, *compra-* » *mos* &c.: vuelva Vd. á mirarlo, y vea » si es efectivamente uno solo, ó si esos se- » ñores van apareados, porque á lo que yo » imagino pudiera ser mui bien Zurrador y » compañia; » reime de su simpleza, y la contesté como debia: ha de saber Vd., señora, que desde que un hombre es autor, se da el trato de un Principe; y sepa que á los Reyes y á los autores les es comun hablar uno solo como si hablaran muchos, asi como el tutear al lector y otras cosas semejantes &c.

Lo que me gusta mas que todo por su inesplicable gracejo son los contrapetardos: *qué de sal*, *qué de atenciones*, *qué* retencion en el decir, qué tiento para no insultar, qué de lisonjas, y sobre todo, qué de sales: perdone Vd., amigo, si le adulo; no lo hago con el fin de que me proporcione ningun cochino, ni por pagárselo en

© Biblioteca Nacional de España

duendes : nada de eso, solo el agradecimiento me pone en esta obligacion, y mi dolor es verme precisado á concluir.

En fin, señor Papel-útil, creo que conocerá Vd. que siempre he tomado su partido, y que si no he podido rechazar á los habladores, no ha dependido de mí, sino de que estos son, como Vd. dice, unos borricos : convencido de esto no me volveré á meter en defensas de nadie, y valga esta por todas.

Por lo demas tiene Vd. mi permiso para seguir hablando hasta que guste, y contestar cuando quiera, bien seguro de que yo hablé una vez para toda la siega, y de que me propongo de aqui en adelante escuchar y reir ; y en prueba del efecto que en el público y en mí han hecho sus petardos, publicar cuanto antes el cuarto cuaderno de

El Duende satirico del dia.

© Biblioteca Nacional de España

En el segundo cuaderno, citando al P. Isla, se puso equivocadamente Gerundio, *debiendo ser* Cartas de Juan de la Encina.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España